

CAMBIAR LA HISTORIA

¿QUE ha sido más dañino para el prestigio de la autoridad en los Estados Unidos: el contenido de los papeles de McNamara o el intento de cortar su publicación? El esquema de esta pregunta se podría repetir tomando como base otros casos recientes. La existencia de un poeta disidente, crítico, tal vez enemigo del régimen, causaba menos daño al sistema de Cuba que la imagen violenta y distorsionada del propio Fidel Castro que se ha obtenido con la persecución, encarcelamiento y confesión de Heberto Padilla. O en la Unión Soviética el largo y penoso asunto del novelista Alejandro Soljenitsin, cuya desmesurada persecución y censura ha tenido la contrapartida igualmente desmesurada de un premio Nobel. El aspecto actual del caso Soljenitsin es éste: su novela «Agosto 1914» acaba de publicarse en París, mientras en la URSS está prohibida y se difunde en los llamados «samizdat» (copias semiclandestinas en ciclostil). La razón, según el escritor, es que la censura pone objeciones «ininteligibles para la razón normal humana y, además, pide que la palabra Dios sea escrita con letra minúscula». Esta mezquindad es característica. Soljenitsin defiende su ortografía en el sentido de que es necesario emplear una mayúscula para designar lo que llama «la fuerza creativa mayor del universo» y por alguna otra razón formalista: porque en 1914, época en que se desarrolla la novela, se escribía con mayúscula, e iniciarla con minúscula sería una impropiedad histórica. Esta discusión bizantina ha alcanzado a todos los órganos de expresión del mundo, y el censor que creía hacer un servicio a su sistema le ha ocasionado un enorme mal.

DETENER aquí el examen de la cuestión sería, sin duda, ingenuo. Tras el censor de Moscú y su aparente mezquindad hay otro propósito. Parece ser que nunca se trata de censurar aquello que se censura, sino otras cosas de las que no se habla. No sería la ortografía de la palabra «Dios» lo que preocupase directamente, sino la versión histórica de la Rusia de la preguerra, que no coincide con la de los manuales oficiales. Ocurriría que en «Agosto 1914» —según Anatole Shub, en el «Washington Post»— el análisis de la situación no se limita a pintar la corrupción de la última época de la sociedad zarista, sino también «la fatuidad, el tonto orgullo y la frivolidad de aquellos que iban a derribar, por acción u omisión, el viejo régimen». Al mismo tiempo, parece trascender las categorías de «zarismo autocrático» o «capitalismo» a las de «condición humana». Sería, si se aceptase y se difundiese el libro de Soljenitsin, una forma de «cambiar la Historia». Aun así la cuestión no parecería mucho más razonable y mucho más sólida que la meramente ortográfica, si no fuese porque cambiar la Historia es, muchas veces, tratar de cambiar la vida —el presente—.

«**C**AMBIAR la Historia» —o cambiar la imagen de la Historia— es también una de las acusaciones que se hacen en Estados Unidos desde el poder, contra quienes pretenden publicar los documentos de McNamara. Sería cambiar la historia —oficial— si se demostrara que el incidente del «Maddox» en el golfo de Tonkin sería fruto de una preparación para justificar la acción masiva de represalia de los Estados Unidos, o que el régimen de Ngo Din Diem fue derribado por una maniobra de la CIA. No son temas, en realidad, que se desconociesen hasta ahora, y la mayor parte de los historiadores no oficiales de esa contienda lo han explicado así, más o menos. Pero la confirmación oficial no permitiría ya la existencia de la duda, y obligaría a cambiar, junto con la Historia, la «imagen». Se ha enlazado esta serie de documentos oficiales secretos con otros que existen en los archivos de Estado de los Estados Unidos, que obligarían a cambiar más lejanos aspectos de la Historia. Así lo ha escrito el historiador Michel Harrington, en una declaración publicada por «Excelsior», de Méjico, y reproducidas en España por un telegrama de la agencia EFE, cuyo final dice así: «El historiador se percató de que había documentos referentes a la guerra civil norteamericana, a la guerra con España en 1898 y a las intervenciones militares de los Estados Unidos en Filipinas, Cuba, Nicaragua, Guatemala, el canal de Panamá y otros. Estos documentos aclararían pasajes actualmente muy oscuros, como, por ejemplo, los métodos puestos en práctica por los Estados Unidos para obligar a España a entrar en la guerra en 1898». Todos estos documentos, archivados en el Pentágono, llevan el sello de «máximo secreto». ¿Por qué

razón pueden considerarse hoy secretos referidos a sucesos históricos de hace tres cuartos de siglo? ¿Por qué razón en la URSS pueden inquietar especulaciones históricas acerca de sucesos producidos hace más de medio siglo? Porque, queda dicho, el cambio de una imagen histórica puede cambiar una imagen del presente y alcanzar en cierto modo a los que determinan —gobiernan— ese presente.

PERO este reflejo de defensa tiene mucho de irracional. El exceso de defensas puede ser tan dañino en el cuerpo humano como en el cuerpo político. El intento de sofocar la publicación de los documentos —por otra parte fallido— puede suponer una forma de cortar la libertad de prensa. Esto es un intento demasiado visible, demasiado patente. Ya sabemos que la libertad de prensa no ha pasado nunca de ser una ilusión decimonónica, lo cual no impide que se siga luchando por ella con la esperanza de que algún día se convierta en una realidad absoluta que ayude a la estabilidad y al bienestar de las sociedades. Pero esa ilusión está inscrita firmemente en el cuerpo doctrinal de los Estados Unidos. En otras palabras, por evitar que la «imagen» histórica cambie se le da un fuerte golpe a esa imagen liberal y democrática en una de sus bases. Así se pueden producir expresiones como la del juez M. L. Gurfein al examinar, por querrela del fiscal, el derecho del



Daniel Ellsberg, antiguo empleado en el Departamento de Defensa, que según declaraciones de un ex redactor del «New York Times» fue quien entregó al periódico el informe secreto.

e. haro tecglen



Primera página del «New York Times» del 15 de junio, en la que puede leerse el titular: «Mitchell intenta detener la serie sobre el Vietnam, pero "Times" rehúsa».

«New York Times» a publicar los documentos referentes a Indochina: «Una prensa agresiva, una prensa obstinada, una prensa ambigua, debe ser sufrida por aquellos que desempeñan la autoridad para preservar los valores superiores de la libertad de expresión».

ES una concepción del mundo. No cabe duda de que hay puntos de vista y que puede emitirse una opinión absolutamente contraria. Por ejemplo ésta: «No se puede dejar la prensa en manos inadecuadas». Es otra concepción del mundo. Pertenece a Lenin. («De la misma manera que el Ejército no puede combatir sin armas, el partido no puede llevar a cabo su misión ideológica sin ese arma poderosa y eficiente, la prensa... No podemos dejar la prensa en manos inadecuadas...») El problema no está ahora en discutir esos dos términos contrapuestos, sino en señalar que el juez Gurfein, equivocado o acertado, está emitiendo una cuestión medular de los Estados Unidos, de su doctrina escrita, de su declaración de independencia, de su Constitución, que eso, a su vez, lo había heredado de Inglaterra y de Francia, y que en un mundo occidental u occidentalizado impera generalmente esta idea —sea cual sea su última realidad en la práctica—, de forma que cualquier violación visible de esta tradición pone en peligro precisamente la imagen que se trata de salvaguardar censurando mezquinamente.

EL tema es, desgraciadamente, eterno. Mérito denunció a Sócrates por «atacar la religión del Estado y corromper a la juventud». Ocurrió hace dos mil quinientos años y el desprestigio para el Gobierno ejecutante no ha cesado todavía. Séneca fue ejecutado hace dos mil años, y la maldición sobre el nombre de Nerón no ha cesado nunca. La última frase del libro de Soljenitsin es ésta: «La injusticia no nació con nosotros, no morirá tampoco con nosotros...».

La Capilla siXtina

YA SABEN DONDE ME TIENEN

Algo está pasando.

Cuando el calor se nos echa encima y no hay ganas para nada, se suceden las apariciones y reapariciones políticas de personajes más o menos «outsiders». Así, el señor Tarragona vuelve a la brecha. No acierto a adivinar qué ingredientes del potaje han cambiado desde que dimitió como procurador hasta la fecha.

Pero algo le ha debido convencer de que el país necesitaba su reaparición.

El señor Serrano Súñer también ha dicho esta boca es mía. Es una resurrección de postín, casi de segunda parte de novela de Alejandro Dumas. El ex cardenal Richelieu del Régimen parece pretender, al menos, una segunda vida política. Con setenta años muy bien conservados y en la coyuntura actual del país es imprevisible todavía saber si Serrano Súñer basaría su relajamiento en las fotografías que comparte con Hitler o en la correspondencia que comparte con Churchill. Hace un año la primera opción era inviable, pero los aires «camp» que respira cierta política española replantean los años de los zapatos topolino, el peinado «Arriba España» y la revista Signal.

Finalmente, más que reaparición, hay que hablar del nacimiento político del marqués de Villaverde. El ilustre cirujano se hizo venir bien la cosa para pasar de la cirugía cardio-vascular a la cirugía plástico-política. «Si alguna vez el país me necesita, ya sabe dónde me tiene».

No acierto a ver los méritos políticos que puede presentar el marqués de Villaverde para conducir, o ayudar a conducir, los destinos de la Patria. El ejemplo inmediatamente anterior de médico metido a político es el del doctor Negrín, y no creo que el gusanillo político le venga al señor Martínez-Bordiu del doctor Negrín. La Medicina es una experiencia humana muy completa, y más que ninguna la medicina del corazón. El señor Martínez-Bordiu ha visto muchos corazones del país en el sentido más riguroso de esta expresión, y él como nadie podría dirigirse a las multitudes diciendo aquello de: «Yo interpreto el sentir de vuestros corazones».

Claro que la política es una técnica, pero eso se aprende.

Como también se aprende la economía, la logística y el protocolo. El doctor Martínez-Bordiu ya sabe inglés y todo eso tiene ganado.

Me he sentido avergonzado ante el altruismo político de estos hombres. Me he mirado en el espejo y me he dicho: «Sisto, eres un egoísta. El señor Tarragona abandona sus lucrativos negocios, la paz del hogar, incluso su tierra si es necesario cuando el país le llama. El señor Serrano Súñer abandona su ambiguo, enigmático retiro político, su saneado bufete, su tranquilidad de «outsider» en cuanto escucha la llamada del país. Y el marqués de Villaverde abandona la seguridad de un prestigio científico sin fronteras, una vida consagrada a la cirugía, sin más distracción que algún safari y el esquí acuático. Lo abandonaría todo si el país le llamara.

¿Y tú? Tú, sí, a ti te hablo, Sixto Cámara. ¿Qué estás dispuesto a hacer?

Hombre, pues yo estaría dispuesto a no volver a escribir doscientas holandesas mensuales, como ahora, si el país me llama. Si el país me llama estoy dispuesto a no complacerme nunca más en el suspense semanal de las reacciones por lo que público. Si el país me llama estaría dispuesto a renunciar al pincho de tortilla de patatas que cada mañana me tomo en la calle Gallejo y al pimiento relleno que a veces cenó en la calle Echeagaray.

Y la verdad sea dicha, me he quedado bastante contento de mí mismo. He comprendido que era capaz de renunciar a casi todo lo que soy y tengo si el país me llama.

Por lo tanto me he sentado en casa durante una semana pendiente del teléfono, de la correspondencia, de una simple llamada a la puerta, por si el país me llama. Y nada.

Estoy algo desesperado. ¿Cómo lo han hecho los otros? ¿Cómo se han enterado los señores Tarragona, Serrano Súñer o Martínez-Bordiu de que el país les necesitaba o podía necesitarlos?

Es un enigma que excede a mi capacidad de comprensión. Pero por mí no quedará.

El país ya sabe dónde me tiene.

SIXTO CAMARA